

tradición sapiencial resumida en dos grandes temas: el despertar o ser iluminado, que conlleva liberación y pacificación, y la compasión y benevolencia universal, que identifica con la corriente profunda de la vida.

El trabajo invita al encuentro con estas tradiciones orientales. La pretensión del Autor es doble: ampliar la comprensión de lo ajeno, junto al redescubrimiento de lo propio. Nos parece que ayuda más a lo primero que a lo segundo, aunque su aportación es inestimable. No sólo por el hecho de recordarnos la vida de tantos cristianos que han vivido en esas tradiciones, respetando, valorando y aprendiendo de lo que allí han encontrado, a la vez que aportando lo propio; sino también porque nos invitan al diálogo plural a partir de la propia identidad.

Estamos de acuerdo en su denuncia de la actitud colonialista con que muchas veces se han movido Occidente y los occidentales respecto al Oriente. Para ello afirma que, si tuviera que resumir brevemente su experiencia de Japón, diría lo siguiente: «Yo, que pensaba en 1966 que iba a llevar a Cristo a Japón, estoy convencido en 2001 de que ni yo tenía entonces del todo al Cristo que creía llevar a allí, ni acabo de tenerlo ahora. Él es ese Dios siempre mayor que, a través de ese Japón al que yo creía llevarle, me ha hecho descubrirle. Y eso ha ocurrido a través de un proceso de despojo; había que desnudarse de falsas imágenes, recibidas o construidas, sobre Cristo» (p. 20). En este sentido, concluye que la clave del diálogo interreligioso es ir «a aprender de todas las gentes antes que a enseñar a todas las gentes» (*ibid.*). Porque es un hecho que «el encuentro con otra cultura y religiosidad nos cambia el modo de vivir la propia fe» (*ibid.*), ya que

Dios siempre es mayor de lo que creemos, y descubrimos su rostro en otra cultura. Estoy de acuerdo en que esta actitud de aprender de todos los demás es un punto de partida fundamental en la búsqueda de Dios. Pero pienso que no es el único, ni el más importante. Me parece que la clave reside en el deseo de encontrar a Dios y en el amor a la verdad. Y para eso es esencial la crítica y el contraste personal con la Verdad de Dios, y por tanto con la singularidad de Jesucristo y de su mensaje.

Pablo Marti

**Pierre LANGERON**, *Les Instituts séculiers. Une vocation pour le nouveau millénaire*, Les Éditions du Cerf, Paris 2003, 189 pp., 14 x 22, ISBN 2-204-07050-5.

Una de las manifestaciones de la renovación de la Iglesia actual es la eclosión de nuevos movimientos espirituales. Muchos de ellos son bastante conocidos, pero otros no. La intención principal del Autor es dar a conocer los Institutos Seculares, poco conocidos según su parecer, como un instrumento querido por Dios para la renovación de la iglesia y del mundo en el momento actual. Se trata de más de 200 instituciones eclesiales en todo el mundo, que cuentan con unos 35.000 miembros, hombres y mujeres, que viven y trabajan en una sesentena de países.

El primer paso es describir su origen. Partiendo de los que denomina pioneros de este tipo de vida (Santa Ángela de Merici, el padre Cloriviere), constata a principios de siglo XX la aparición de un nuevo género de fundaciones en Italia, Francia y otros países, ante las cuales la Iglesia debe dar una respuesta. La respuesta del Magisterio después de diferentes estudios y debates será la constitución apostólica *Provida*

*Mater Ecclesia* (2 de febrero de 1947), que crea los institutos seculares como una nueva forma de vida consagrada. A continuación analiza esta figura en los textos del Concilio Vaticano II, el Código de Derecho canónico de 1983 y el Catecismo de la Iglesia.

Esta nueva realidad eclesial se sitúa dentro de la dinámica del Vaticano II. En este sentido su explicación se enmarca en estos tres ejes: la llamada universal a la santidad (la santidad es para todos, la santidad religiosa, la santidad en la vida ordinaria); la relación entre Iglesia y mundo; y la consideración de la Iglesia como pueblo de Dios.

A partir de ahí analiza un poco más detenidamente los principales temas que se plantean. El significado de la vida consagrada secular (vida consagrada y secularidad); la santificación del mundo (los laicos y la iglesia, y la misión de la Iglesia en el mundo); el estatuto canónico de los institutos seculares (su creación y funcionamiento); y la vida de los miembros, que caracteriza como vida plenamente secular y vida plenamente consagrada.

Por último, en clara conexión con la finalidad principalmente divulgativa del estudio, hace un pequeño balance sociológico de los Institutos seculares existentes: número, miembros (mujeres y hombres, sacerdotes y laicos), países de fundación e implantación. Y ofrece una lista de los institutos seculares de lengua francesa.

En definitiva, el libro presenta los Institutos seculares en una síntesis sencilla y amplia, fundamentada principalmente en las enseñanzas del magisterio oficial. Los aspectos teológicos y canónicos más complicados no se han profundizado a propósito, porque esa labor corresponde a los especialistas. Efectiva-

mente, la realidad sociológica y teológica que está detrás de la vida consagrada es compleja y muy variada. La definición de la vida consagrada (también de la distinción entre vida consagrada religiosa y vida consagrada secular) está lejos de una clarificación unánime en la teología actual, así como el sentido de una vida consagrada secular y la relación entre la secularidad consagrada y la secularidad de los fieles laicos.

Pablo Marti

**Joseph GRIFONE**, *Des Évangiles à Jesus-Christ. Voies de la raison et du coeur*, Éditions Tempora, Perpignan 2007, 300 pp., 14,5 x 22, ISBN 978 29 16 053 141.

Hay lectores que, al iniciar la lectura de un libro, tienen como fin aprender; otros lo leen para examinar la competencia del autor sobre el tema que aborda; otros, finalmente, como medio de hacerse con un panorama de la cuestión que tratan. Sucede a veces, sin embargo, que quien comienza la lectura de un libro con el fin de conocer la competencia de un autor en cuestiones que le son familiares, acaba sacando gran provecho de esa lectura. Algo de eso sucede al lector experto con la obra que comentamos.

Estamos ante un libro de teología que ya en su título se compromete a un tema de interés y difícil. Su autor no es un teólogo de profesión, sino un matemático. Así se entiende, espero, que la tendencia inicial del teólogo de profesión al abrir el libro sea limitarse a examinar si el autor sale airoso de su empeño al escribir sobre cuestiones teológicas. Y aquí está la sorpresa: Grifone ha escrito un libro no sólo perfectamente digno, sino de cuya lectura el lector saca un indudable provecho personal.